

543

M.

PA 2625

.E 53

H 6 8

v. 2

*Prohibida toda traducción y reproducción.
Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL HONOR Ó LA VIDA.

TERCERA PARTE

EL DRAMA DE BOURGES

I

Amagos de tormenta

Parecía haberse restablecido la tranquilidad entre los moradores de Maillepré; pero la calma en aquel suntuoso palacio era más aparente que efectiva: había en ella mucho de esa apacible y sorda quietud precursora de las grandes tormentas.

La resolución de Margarita Souvray aplazando por treinta días la respuesta á las pretensiones de Roger de Lignerès establecía una especie de armisticio en las relaciones exteriores de los huéspedes y deudos de la duquesa. No obstante, este aplazamiento produjo en los interesados efectos muy distintos.

Por regla general, cuando una joven soli-

citada en matrimonio rehusa al principio y después da oídos á los ruegos del amante insistente, es porque está resuelta al sacrificio. La respuesta de Margarita no era una aceptación ni una negativa. Roger abrió su pecho á la esperanza, lisongeándole la idea de vencer todas las resistencias.

No era él quien únicamente pensaba así; su madre era de la misma opinión, y esta certidumbre la ponía furiosa, pero procuraba no descubrirse.

M. Godet no estaba menos descontento que la marquesa de Lignerés; pero su irritación era contra Pedro de Meillant, que se había marchado no se sabía adónde, abandonando á otro aquella joya inestimable.

Entre el disgusto de la marquesa y el de M. Godet había una diferencia: la madre de Roger, exasperada, venía meditando vengarse de aquella bastarda que le disputaba el afecto de su hijo, y formó el propósito de aprovechar todas las ocasiones para llegar á su objeto.

El excelente M. Godet, por el contrario, no sentía odio ni cólera; cada vez estimaba más á aquella joven, que era la alegría de la casa.

Sobre este particular estaba perfectamente de acuerdo con la duquesa, que había llegado á querer profundamente á la pobre niña de cuyos sufrimientos creía ser causa.

Se consideraba feliz cuando veía á las que llamaba sus dos hijas pasearse del brazo por el parque ó recorrer la campiña en un coche dirigido por Blanca Carol.

En estas ocasiones solía decir á M. Godet: —¡Cuánto iba á echar de menos á María Magdalena, si se separase de mí!...

—¡Y yo!—murmuraba M. Godet.

Blanca no tenía secretos para Margarita: le había confiado su amor, sus proyectos, todo menos su falta, que no se atrevía á confesar.

La hija del coronel, por el contrario, no revelaba nada de lo que había sorprendido, abrigando el propósito de salvar á su amiga de un porvenir que solo podía ser doloroso para ella.

Pero ¿qué camino emprendería para llegar á este resultado, correspondiendo así á la generosa conducta de la señora de Maillepré para con ella? No lo sabía; preveía únicamente una lucha desigual entre ella y Roland Beroult, un combate en el cual sería destrozada; pero estaba resuelta á todo y esperaba al enemigo con la ansiedad del soldado dispuesto á la batalla, y también con la energía de la desesperación.

La hora de este combate no se hizo esperar mucho.

A los dos días de tomar posesión el nuevo prefecto de Bourges, el cartero entregó á Justina Savart dos cartas: una para Susana Carol, con orden de ser entregada en propia mano, y otra para Blanca. Susana estaba sola en la habitación de su señora, cuando Justina fué á entregarle la carta.

—Tomad—dijo la criada, cólerica por no haber podido descubrir el secreto que encerraba aquella misiva,—una carta para vos...

una carta misteriosa... Ese idiota de Miraud me la ha entregado... parece que es para vos sola...

Susana conservó su fría gravedad.

—Me sorprendéis mucho, Justina. Yo no tengo nada que ocultar á nadie. ¿Queréis leerme esa carta?

—¿Y si es un secreto?

—Leed.

Justina pensó:

—Esta mujer es un tronco. ¡Y aun dicen que tiene una hija! ¡Qué embustel!

Rompió el sobre y leyó:

«Prefectura del Cher. Gabinete del prefecto.

»La señorita Susana Carol, ayuda de cámara de la duquesa de Maillepré, tendrá la bondad de presentarse lo más pronto posible en el despacho del señor prefecto, para un asunto que le interesa.»

—¿No dice más?—preguntó Susana.

—No. Será preciso ir.

—¿Ir?...—dijo Susana, sin aparentar que daba importancia á aquella comunicación.—No veo la necesidad.

—¿No sospecháis para qué os pueden llamar?

—No.

—Quizá para alguna herencia en América.

—No la espero, ni tengo allí á nadie que heredar.

Susana arreglaba la habitación de la duquesa como si nada hubiera pasado. Justina reflexionaba al lado de la ventana. De pron-

to hizo un movimiento, indicando que acababa de encontrar la clave del enigma. El prefecto que llamaba á Susana era M. de Serigné, que acababa de tomar posesión. Luego se trataba de Blanca. Justina tenía naturalmente interés en que se realizase aquel matrimonio á que había prestado su concurso.

—¿Sabéis lo que haría en vuestro lugar?—dijo á Susana.

—¿Qué hariais?

—Iria á Bourges hoy mismo para salir de dudas.

—¿Tan pronto?

—Un simple paseo para los caballos y para vos.

—¿Es una idea!

—Cuando se os llama es porque os necesitan. Pensadlo. ¡Un prefecto!

—Tenéis razón. Tengo precisamente que hacer algunas compras para la señora.

Justina se dirigió inmediatamente en busca de Blanca.

La carta dirigida á ella, solo contenia estas frases:

«Mi querido bien amado:

»He cumplido mi promesa y ya estoy cerca de vos. Iré á veros mañana, pero sin misterios; en adelante no tendremos necesidad de ocultarnos y podremos publicar nuestro amor hasta el gran dia de nuestro matrimonio.

»¿Creeréis ahora que os amo apasionada y sinceramente?

»A vuestros pies siempre,

»R. DE S.»

Para halagar la vanidad de la pobre Blanca, Roland había escrito debajo de su nombre: «Prefecto del Cher.»

Por esta vez Justina no se contentó con cumplir su papel de «mensajera de los amores», sino que leyó la carta mirando por encima de los hombros de Blanca.

—Y bien, señorita—dijo—ya sois dichosa.

Blanca no contestó.

No, su dicha no era pura. Pasada la embriaguez del primer instante, lamentó la falta cometida, de que debía sonrojarse siempre aun delante de su marido, á quien hubiese aceptado con más alegría entregándose á él sin mancha.

Susana Carol no necesitó pedir el coche después del almuerzo. No hay seres más dichosos que los servidores predilectos de esas grandes casas donde todo abunda: si tienen que ir á alguna parte, siempre hay dispuesto un cochero que necesita pasear sus caballos.

Un pequeño break esperaba á Susana Carol á la puerta de servicio. Justina Savart había cuidado de todo.

En media hora llegó á Bourges la doncella de la duquesa de Maillepré, y después de hacer sus compras, se dirigió á la prefectura, saliéndole al encuentro un criado correctamente vestido de negro: era Bruno.

—¿Sois...?—le dijo éste con afabilidad.

—La señora Susana Carol.

—El señor prefecto os espera. Tened la bondad de seguirme.

II

Astúcia contra astúcia.

Susana Carol, acostumbrada á la opulencia de Maillepré, no se sintió cohibida en el lujoso despacho de la prefectura de Bourges, una de las más suntuosas de Francia, por ese temor natural de las personas humildes, ante el esplendor de los grandes palacios; habituada también á la vida del gran mundo, el prefecto del Cher no era á sus ojos más que un personaje de mediana importancia. La figura severa de Susana no expresó ni con mucho el respetuoso temor que esperaba quizás el alto funcionario de la policía: únicamente podía leerse en su rostro alguna señal de impaciencia.

—¿Me habeis hecho llamar, señor?—preguntó á Roland Beroult apenas se hallaron solos.

—Sí,—contestó este.—¿Quereis hacerme el favor de sentaros?

—¿Es asunto largo?

—Quizás.

Susana tomó asiento sobre el borde del sillón, como quien se dispone á escuchar, sin deseo de prolongar la audiencia.

El prefecto dijo al fin, llevando la cuestión á su terreno:

--¿Teneis una hija?

Susana en vez de responder, manifestó con algunos gestos el disgusto que aquello le producía.

--Os pido perdón--dijo Roland,--por haberos molestado, siendo yo quien debía ir á veros. Pero estando vos en casa de la señora de Maillepré, me ha parecido mejor tratar sin testigos este negocio grave, para mí al menos.

--¿De manera que se trata de un negocio?

--La palabra no es muy propia; pero hay negocios de todas clases, negocios del corazón como negocios de dinero. En una palabra, que amo á Blanca Carol.

--¿Vos?--exclamó Susana aturdida.--¿Me decis la verdad?

--La verdad.

--No la conoceis.

--Dispensadme, pero estais equivocada.

--Verdaderamente, no me explico...

--Pues es muy sencillo. La señorita Blanca ha sido educada en la pensión Beringer... La señora Beringer es amiga de mi familia, nos une con ella algún parentesco, y como era natural, yo la visitaba algunas veces: una de ellas tuve la satisfacción de conocer á vuestra hija.

Susana quedó escandalizada y no escaseó las censuras para aquella directora del colegio que consentía la comunicación de las niñas, confiadas á su cuidado, con hombres.

--Yo no afirmaré--dijo Roland--que semejante conducta sea correcta, porque no

estoy encargado de defender á la directora de ese colegio; pero hay que tomar las cosas como son. Vi á la señorita Blanca y me sentí atraído hacia ella por irresistible simpatía... Este es el hecho.

Susana dudaba de aquella simpatía por Blanca, tan poco favorecida por la naturaleza, y no procuró ocultarlo.

Roland continuó con tono excesivamente amable:

--Es preciso que os lo explique todo. Yo soy relativamente rico, y tengo ante mí un buen porvenir.... Quiero ser franco del todo: hubiera podido buscar fuera del colegio, en la seguridad de obtener la mano de una rica heredera, aumentando así mi fortuna por un matrimonio ventajoso, pero no lo pensé siquiera; no quiero á otra mujer que á Blanca Carol, y si he solicitado una entrevista con su madre ha sido para tener el honor de pedirle su mano.

Si el antiguo secretario se lisonjeaba con la idea de que su petición, que para la mayoría de las gentes hubiera sido una prueba de supremo desinterés, fuese recibida con una explosión de reconocimiento, experimentó un desengaño, porque Susana Carol no manifestó más que sorpresa.

--Os pido perdón--dijo después de una pausa--por no acoger esta confidencia como debía ser acogida; pero me excusaréis haciéndoos cargo de mi sorpresa, y me perdonaréis si no desecho todavía la duda de que hayais podido equivocaros al formular vuestra pretensión.

Roland repitió pausadamente y con voz clara :

—Me llamo M. de Serigné; tengo cincuenta ó sesenta mil francos de renta; soy prefecto del Cher, y tengo el honor de pedirós la mano de vuestra hija, la señorita Blanca Carol. Y os ruego que me creais en mi cabal juicio.

Susana Carol se levantó.

—Está bien—dijo,—yo lo consultaré con quien debo consultarlo, y tendré á mi vez el honor de transmitirós la respuesta.

Al decir esto saludó y se dispuso á salir.

—¿Qué, me abandonais ya?—dijo él.

—Sé ya todo cuanto debía saber.

—Una palabra, solo una palabra. ¿Puedo acariciar alguna esperanza?

—La esperanza, en todo caso, debe referirse á mi hija; si se atiende al interés de lo que vos mismo habéis llamado negocio... pero puesto que os dirigís á mí, os contestaré con toda franqueza: no sé cuál será el resultado de vuestra pretensión.

—¿No sois árbitra de los destinos de vuestra hija?

—No.

Al oír esta respuesta, brilló en los ojos de Roland un relámpago de alegría, tomando aquello por un consentimiento. Sin embargo, Susana le desengañó al añadir :

—No os enseño nada que no sepais al decirós que en una posición como la mía, se está sometido á la voluntad de los que nos pagan y mandan. Yo estoy al servicio de la señora duquesa de Maillepré, que es la mejor

de las señoras; pero al fin es mi ama, y sus deseos son órdenes para mí, por dos razones: la primera porque está en mi interés hacer lo que ella quiera...

—¿Y la segunda?—interrumpió Roland.

—Que estoy muy agradecida á mi señora porque ha tomado á mi hija bajo su protección, la ha educado á su costa y ha prometido asegurar su porvenir. Comprendereis desde luego que no puedo decidir de la suerte de mi hija, sin el consentimiento de la señora duquesa.

—Entonces, ¿deberé dirigirme á ella?

—Bien, si así os parece; pero yo puedo darle cuenta de vuestra pretensión.

—Al menos me permitireis defender mi causa ante la señora de Maillepré

—Yo no puedo impedir al señor prefecto del Cher que visite á la señora duquesa de Maillepré; pero yo la prevendré.

Roland se inclinó profundamente, acompañó á Susana hasta la puerta y volvió á su asiento.

—La criada no ha querido hablar—se dijo,—pero el ama hablará.

Llamó y apareció Bruno, que no estaba lejos y había podido oír parte de la conversación.

—¡El coche!—dijo el prefecto.

—¿Va lejos el señor?

—Allí—dijo señalando á Maillepré.

—¿A qué hora quiere marchar el señor prefecto?

—Al instante.

—Bien.